

su mujer y el Corregidor, que quiere aprovecharse de su alto cargo para gozar los favores de la molinera, está en la línea del más castizo realismo español. El grajeo, la malicia y la vivacidad de esta narración de Alarcón la confieren supremacía artística sobre otras producciones suyas. Las tres figuras españolas, en un ambiente español, han pasado ya al ballet, a la pantomima, a la música y a la pintura.

*Don Juan Valera* (1827-1905) es otro gran novelista que puede unir a sus méritos de escritor las cualidades de hombre educado en un perfecto humanismo. La figura de Valera y Alcalá Galiano, descendiente de familia aristocrática, es el raro ejemplo del hombre de letras nacido en el siglo XIX, que se anticipa al intelectual escritor universitario de nuestros días. El contraste con los escritores de su época es extraordinario, tanto por su nacimiento, educación, modales refinados, como por su amplia cultura y estilo de vida. Diplomático de profesión, don Juan Valera vivió en el extranjero durante mucho tiempo: en Italia, con el duque de Rivas; en Rusia, con la Embajada del duque de Osuna; fué embajador en Lisboa y ministro en Washington. Enterado por sus viajes y lecturas de muchas cosas que sus contemporáneos desconocían, deseó el mejoramiento cultural de España, y aspiró a que nuestra nación entrase de lleno en la corriente europea, anticipándose así a muchas aspiraciones de la generación del 98. La ordinareiz, el atraso de muchos sectores de la vida española, en especial la incultura de las mujeres le entristecían, haciéndole desear cambios profundos en la enseñanza y las costumbres.

Intimo amigo de don Marcelino Menéndez y Pelayo, se dejó aconsejar por el ilustre crítico y, a su vez, le aconsejó siendo ambos entusiastas de las letras españolas y del porvenir de nuestra patria. A pesar de discrepar en algunos puntos doctrinarios, su amistad es un ejemplo de la convivencia y tolerancia que reinaba en los últimos años del siglo XIX.

La mejor novela de Valera es *Pepita Jiménez*. Así lo reconoció él mismo, que toda su vida estuvo añorando la inspiración y enorme facilidad que tuvo para escribirla. El asunto es sencillísimo: se trata de los amores de un seminarista por una viuda joven, llevados a un término feliz. En esta novela Valera trata de conciliar el ideal cristiano y católico con el ideal renacentista, o mejor dicho, humanista, como en otros tiempos lo intentó con éxito Fray Luis de León, religioso perfecto y hombre de su época; los esfuerzos admirables de Fray Luis por adaptar las nuevas tendencias, que se hacen patentes en la paráfrasis del *Cantar de los cantares* y en *Los nombres de Cristo*, en don Juan Valera son no menos dignos de admiración. *Pepita Jiménez* y *Doña Luz* representan la conciliación de lo mejor del paganismo y del cristianismo.

Así, en la misma medida, influyen para la elaboración de *Pepita Jiménez*, las Pastorales de Longo (escritor de la antigüedad griega), como la literatura de nuestros principales místicos.

El estilo de don Juan Valera es claro, sencillo y armonioso. Tiende en sus descripciones a la idealización, por lo que no puede considerársele completamente realista, como a Pereda y otros escritores coetáneos. Su lema, en arte, puede re-